

DINO BUZZATI

LAS NOCHES DIFÍCILES

TRADUCCIÓN DEL ITALIANO
DE ATALAIRE

BARCELONA 2010



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Le notti difficili*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© Herederos de Dino Buzzati. Todos los derechos reservados.
Publicado en Italia por Arnoldo Mondadori, Milán
© de la traducción, 2010 by Atalaire:
Mario Grande y Mercedes Fernández Cuesta
© de esta edición, 2010 by Quaderns Crema, S.A.U.

Todos los derechos reservados:
Quaderns Crema, S.A.U.

Imagen de la cubierta, fragmento de
Poema fumetti, de Dino Buzzati (1969)

ISBN: 978-84-92649-27-3
DEPÓSITO LEGAL: B. 46 240-2009

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *enero de 2010*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

EL COCO

El ingeniero Roberto Paudi, director adjunto de la COM-PRAX y asesor urbanístico, montó en cólera una noche al sorprender a la niñera Ester que, para calmar la perra del pequeño Franco, le decía:

—Mira que, como no te portes bien, esta noche viene el Coco.

Según él, era intolerable que para educar a los niños se siguiera recurriendo a necias supersticiones que podían crear en una psique inmadura obsesiones lamentables. Le echó un sermón a la muchacha, que se fue llorando, y acostó él mismo al chico, que en seguida se calmó.

Esa misma noche el Coco, levitando en el aire como tenía por costumbre, se presentó en la habitación donde el ingeniero Paudi dormía solo, causándole unos minutos de desasosiego.

Como es sabido, el Coco adoptaba formas diversas según los países y las costumbres locales. En aquella ciudad tomaba, desde tiempo inmemorial, los rasgos de un gigantesco animal de color negruzco, cuya silueta andaba entre el hipopótamo y el tapir. Horrible a primera vista. Pero no bien se le observaba con ojos imparciales, se percibía una expresión ni mucho menos malvada, por el pliegue indulgente de la boca y el centelleo casi afectuoso de las pupilas, minúsculas en proporción.

Por supuesto que, en circunstancias de cierta gravedad, sabía infundir miedo e incluso terror. Pero de ordinario llevaba a cabo sus cometidos con discreción. Acercándose a

la camita del niño que hubiera de reprender, ni siquiera lo despertaba, se limitaba a penetrar en sus sueños dejando en ellos, eso sí, una huella imperecedera. De hecho, es bien sabido que hasta los sueños de los niños más pequeños tienen una capacidad ilimitada y acogen sin problemas incluso bestiones mastodónticos como el Coco, que pueden llevar a cabo cuantas maniobras requiera la ocasión con total libertad.

Naturalmente, cuando se le aparecía al ingeniero Paudi, aquella remota criatura no mostraba un semblante demasiado afable, adoptando incluso la fisonomía, agigantada por supuesto, del profesor Gallurio, nombrado hacía dos meses interventor extraordinario de la COMPRAX, sociedad que estaba navegando por aguas procelosas. Y este profesor Gallurio, hombre severísimo si no directamente intratable, era precisamente la bestia negra de Paudi, cuya eminente posición podía correr riesgos considerables con la empresa intervenida.

Paudi, despertándose en un sudario de frío sudor, tuvo tiempo de percatarse de cómo el visitante se largaba a través de la pared (por la ventana no hubiera cabido semejante mole), mostrándole la monumental cúpula de sus posaderas.

A la mañana siguiente Paudi se cuidó mucho de disculparse con la pobre Ester. Haber comprobado personalmente que el Coco existía de verdad aumentaba si cabe, además de su desdén, la firme determinación de hacer todo lo posible para quitarse de en medio a aquel tipo.

En los días siguientes, en tono de broma como es natural, anduvo tanteando el terreno con su mujer, sus amigos y sus colaboradores. Y se quedó asombrado al enterarse de que la existencia del Coco solía aceptarse por lo general como un fenómeno normal de la naturaleza, igual que la lluvia, los terremotos o el arco iris. Sólo el doctor Gemonio, del departamento jurídico, pareció haberse caído del

guindo: sí, de pequeño había oído hablar vagamente de esa cosa, pero después había llegado al convencimiento de que era un cuento tosco sin fundamento.

Como si intuyese su hosca aversión, a partir de entonces el Coco comenzó a visitar con notable asiduidad al ingeniero, siempre con la desagradable máscara del profesor Galurio, haciéndole muecas, tirándole de los pies, sacudiéndole la cama, una noche llegó incluso al extremo de ponerse en cuclillas sobre el pecho y por poco lo ahoga.

Así que no tiene nada de sorprendente que Paudi, en la siguiente reunión del Consejo Municipal, hablara de él a un colega: ¿se podía consentir, en una metrópoli orgullosa de estar a la vanguardia, que se perpetuara una indecencia semejante, digna de la Edad Media? ¿No había llegado el momento de tomar medidas de una vez, con métodos resolutivos?

Primero fueron fugaces *pourparlers* de pasillo, un informal intercambio de puntos de vista. Muy pronto, el prestigio de que gozaba el ingeniero Paudi les dio pábulo. No habían pasado dos meses cuando el problema se llevó al Consejo Municipal. Ni que decir tiene que, por no hacer el ridículo, en el orden del día no se mencionaba una palabra sobre el Coco, excepto en el apartado 5, donde se aludía a «Un deplorable factor que alteraba la calma nocturna de la ciudad».

Contrariamente a lo que Paudi esperaba, no sólo todo el mundo se tomó el tema en serio sino que su tesis, por obvia que pudiera parecer, topó con una viva oposición. Se alzaron voces defendiendo tan pintoresca cuanto inofensiva tradición perdida en la noche de los tiempos, subrayando la total inocuidad del monstruo nocturno, por lo demás del todo silencioso, y resaltando los beneficios educativos de su

presencia. Hubo quien habló incluso de un «atentado al patrimonio cultural de la ciudad» en caso de recurrirse a medidas represivas; y el orador recibió una salva de aplausos.

Por otro lado, en cuanto al debate de fondo, al final prevalecieron los argumentos irresistibles de quienes demasiado a menudo recurren al así llamado progreso para dismantelar los últimos baluartes del misterio. Se acusó al Coco de dejar una malsana impronta en las almas infantiles, de suscitar a veces pesadillas contrarias a los principios de la correcta pedagogía. Se pusieron sobre el tapete incluso motivos de higiene: sí, es cierto, el mastodonte nocturno no ensuciaba la ciudad ni esparcía excrementos de ningún tipo, pero ¿quién podía garantizar que no fuera portador de gérmenes o virus? Tampoco se sabía nada a ciencia cierta sobre su credo político: ¿cómo descartar que sus incitaciones, en apariencia elementales cuando no zafias, no ocultaran insidias subversivas?

El debate, al que no se habían admitido periodistas dada la delicadeza del tema, terminó pasadas las dos de la madrugada. La propuesta de Paudi fue aprobada por una exigua mayoría de cinco votos. En cuanto a su aplicación práctica, se nombró la pertinente comisión de expertos, cuyo presidente era el propio Paudi.

Ahora bien, una cosa era proclamar el ostracismo del Coco y otra lograr eliminarlo. Estaba claro que no se podía depositar la confianza en la disciplina de los ciudadanos, menos aún cuando se dudaba de que fueran capaces de entender su lengua. Ni se podía pensar en capturarlo y llevarlo al zoo municipal: ¿qué jaula hubiera retenido a un animal, si es que era animal, capaz de volar atravesando paredes? También hubo que descartar el veneno: nunca se había visto al Coco en el acto de comer o beber. ¿El lanzallamas entonces? ¿Una pequeña bomba de napalm? El riesgo para aquella pequeña ciudad era excesivo.

En suma, la solución, si no imposible, se presentaba bastante problemática. Cuando Paudi ya creía que se le iba de las manos su anhelada victoria, le asaltó una duda: cierto que se desconocían la composición química y la estructura física del Coco pero, como sucede con muchas criaturas inscritas en el censo de las leyendas, ¿acaso no podía ser mucho más débil y vulnerable de cuanto pudiera suponerse? Quién sabe, quizá bastara con una simple bala en el punto justo y se habría hecho justicia.

Las fuerzas de seguridad, tras la deliberación del Consejo Municipal refrendada por el alcalde, no podían sino colaborar. Se instituyó una patrulla especial dentro de la Brigada Móvil, dotada de veloces vehículos comunicados por radio. El asunto fue sencillo. Sólo hubo una circunstancia extraña: cierta renuencia por parte de los suboficiales y agentes a participar en la batida; ¿era miedo?, ¿era el temor oscuro de cruzar una puerta prohibida?, ¿o simplemente un nostálgico apego a ciertos recuerdos inquietantes de la infancia?

El encuentro ocurrió una fría noche de luna llena. La patrulla, apostada en un rincón oscuro de la plaza del Cincuenta, avistó al vagabundo planeando plácidamente a unos treinta metros de altura, como un irresponsable jovenzuelo. Los agentes, apuntando con las metralletas, avanzaron. Alrededor, ni un alma. El breve crepitar de las ráfagas restalló, de eco en eco, en la lejanía.

Fue una escena estrambótica. El Coco giró lentamente sobre sí mismo sin un estremecimiento y, con las patas en alto, fue bajando hasta posarse sobre la nieve. Allí quedó tendido boca arriba, inmóvil para siempre. La luz de la luna se reflejaba sobre el vientre enorme y tenso, brillante como gutapercha.

«Una cosa que preferiría no volver a ver otra vez», dijo luego el cabo Onofrio Cottafavi. Increíblemente, bajo la

víctima se extendió una mancha de sangre, negra a la luz de la luna.

Inmediatamente se llamó por teléfono a los del vertedero para la retirada de los despojos. No llegaron a tiempo. En unos cuantos minutos el gigantesco individuo se encogió a ojos vistas, igual que los globos pinchados, se redujo a una pobre larva, se convirtió en un gusanito negro sobre el blanco de la nieve, hasta que también el gusanito desapareció, disolviéndose en la nada. Sólo quedó la infame mancha de sangre que antes del alba las mangueras de los barrederos habían borrado.

Se dijo que en el cielo, mientras la criatura moría, resplandeció no una luna sino dos. Se contó que aves nocturnas y perros no dejaron de proferir lamentos por toda la ciudad. Corrió la voz de que muchas mujeres, viejos y niños, despertados por una oscura llamada, salieron de las casas, arrodillándose y rezando por el infeliz. Nada de esto está probado históricamente.

De hecho, la luna prosiguió sin dar tumbos su viaje marcado por la astronomía, las horas se sucedieron con regularidad una tras otra y todos los niños del mundo siguieron durmiendo plácidamente, sin imaginar que su ridículo amigo-enemigo se había ido para siempre.

Era mucho más delicado y tierno de cuanto se pudiera creer. Estaba hecho de esa materia impalpable que vulgarmente llamamos fábula o ilusión y que es verdad.

Galopa, huye, galopa, superviviente fantasía. Ávido por exterminarte, el mundo civilizado no cesa en su acoso, nunca jamás te dará tregua.